

SIPAM

Lic. Axela Romero Cárdenas
Lic. Alejandrina García Rojas
Lic. Edith Zavala
Lic. Mónica Pérez

**Programa de VIH/Sida y
Derechos Humanos de la CNDH**

Lic. Ricardo Hernández Forcada
Juan Alfonso Torres Sánchez

IDEAS

Javier Eduardo Martínez Almanza
Lic. Ana María Mata Ribalta
Annie Herrera Zamora
Joel Rentería Almanza
Oscar Melendez Sandoval

**Programa de VIH/Sida
de la Ciudad de México**

Clínica Especializada Condesa
Dra. Andrea González Rodríguez
Lic. Francisco Javier Arellano Ayala

Coordinación de la edición

Javier Eduardo Martínez Almanza

Corrección

Alejandrina Rojas
Alfonso Torres
Javier Eduardo Martínez

Transcripción

Emy Magaña
Helietta Zamora
Alejandrina Rojas

Fotografía

Ruth Álvarez García
(Eva, Caro y Marisela)
Javier Eduardo Martínez

Diseño

Lorena Zaragoza

HISTORIAS DE MUJERES VIH

Introducción	2
Araceli	6
Caro	13
Daysi	20
Eva	26
Gaby	33
Lucía	42
Maricela	56

INTRODUCCIÓN

Hace un poco más de seis años iniciamos el proyecto “Mujeres en un mundo con VIH”, que pretendía acompañar a mujeres impactadas por el VIH: madres, esposas, hermanas, hijas, compañeras. En este proceso pudimos compartir la aventura con mujeres con la vida a flor de piel, mujeres alegres, risueñas, hermosas, a veces tristes y siempre llenas de promesas.

El inicio de estos testimonios partió de la publicación de tres cuadernos titulados “Historias de VIHda” recogiendo relatos de mujeres del Estado de Morelos, del Hospital Gabriel Mancera del IMSS y de internos de las cárceles de San Pedro Sula, Puente Grande, Santa Martha y Tepepan. Coeditados por el comité Sida y Derechos humanos en el que participaba la Universidad Iberoamericana, la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, el Centro Pro, Vihas de Vida e IDEAS A.C. El comité cerró su proceso e IDEAS decidió continuar con este proyecto.

Talleres, encuentros y reuniones nos han permitido encontrarnos con unas 200 mujeres, conocer de su propia voz las violaciones a sus mas elementales derechos humanos, abusos, violencia intrafamiliar, presiones para abortar, o para no hacerlo, maltrato y abuso, particularmente de los servicios médicos.

Decidimos recuperar algunas de estas historias, incluyendo las imágenes de las protagonistas, no sólo historias de violaciones a los



derechos humanos, sino sumando experiencias de deconstrucción personal, donde el VIH ha sido vértice, casi siempre doloroso y aguijón que impulsa a vivir de nuevo la vida desde una nueva perspectiva, compartiendo la mutua vulnerabilidad, para intentar cambiar las situaciones de injusticia.

Los testimonios fueron recogidos durante el 2008, a veces en forma de entrevista y otras fueron recibidos en mano, se procuró ante todo respetar las formas y estilos personales, por lo que pueden parecer los escritos un poco irregulares, pero son las propias voces.

Queremos dedicar este trabajo a todas ellas, particularmente a Lupita y Diana que partieron al encuentro del amor antes que nosotros, a Eva, Caro, Gaby, Daysi, Araceli, Maricela y Lucía, que aceptaron compartir sus historias.

“Desde una perspectiva de género, revertir los estigmas económicos, sociales, culturales y políticos contra las mujeres suele presentarse actualmente como un problema de derechos humanos y cada día se convierte con mayor urgencia en un asunto de supervivencia” Jonathan Man.

En el mundo, la mitad de las infecciones por VIH son en mujeres; biológica, psicológica y socialmente han resultado más indefensas ante la pandemia y sus consecuencias, hoy en México, uno de cada tres pacientes es mujer.

Es la pobreza el cofactor más importante en la transmisión del VIH, se ha revelado, particularmente entre las mujeres jóvenes, como un elemento determinante. Podríamos afirmar que hay condiciones que posibilitan y acrecientan una marginalidad y triple vulnerabilidad: ser mujer, carecer de recursos económicos y vivir con VIH o SIDA.

Sin pretender hacer una valoración psicológica, pareciera que la idea de ser personas viviendo con VIH –culpables o inocentes, según todavía se aprecia en el ambiente- implicará, en algunas ocasiones, asumir el trato injusto como naturalmente tolerable.

Podemos percibir que promover el reconocimiento a su propia dignidad humana es uno de los principales elementos que permitirán a aquellas y aquellos afectados por VIH/ Sida asumir el control de su propia vida y participar en el cuidado, atención y trato digno de sus personas, tomando decisiones y asumiendo responsabilidades, enfrentando prejuicios e ignorancia de una sociedad que las condena a una muerte social.

Estas mujeres comparten un compromiso con la vida de otras, dedican una parte de sus empeños a educar, asistir y acompañar; particularmente valioso ha sido el apoyo del grupo: “Mujeres fuertes esperanza de vida, (MUFEV) Ave Fénix”.

Esta recolección de testimonios fue posible gracias al apoyo del Programa de VIH de la



Comisión Nacional de los Derechos Humanos, México, La Clínica Condesa, la solidaria compañía de Salud Integral para la Mujer A.C. (SIPAM) y por supuesto el apoyo del equipo de IDEAS.

Ricardo, Alfonso, Andrea, Javier, Axela, Alejandrina, Edith, Mona, Osa, Joel, Oscar.
Mil gracias.

Primavera 2009

ARACELI

Que tal, mi nombre es Araceli, soy la mayor de tres hermanas, mis padres nos educaron con buenos principios y estuvieron al tanto de todo lo que necesitáramos, nos dieron una profesión, pero sobre todo comprensión y amor. Hasta ahí todo pareciera normal, sin embargo te contaré como se transformó mi vida cuando el VIH llegó.

Cuando leí información sobre el VIH y decía que con el tiempo iba a haber un enfermo por familia y que era terrible, pensé; esto a mi nunca me va a suceder, pero que equivocada estaba.

Paso el tiempo y mi vida transcurrió normal, entre el trabajo, el estudio y la convivencia con mis amigas y mi familia. Conocí a mi esposo por una amiga, ya que esta era prima de él, quien había regresado de Estados Unidos. Un día mi amiga me dijo; que su primo me invitaba a salir y como no tenía nada que hacer ese día acepté. Con el tiempo nos hicimos novios, posteriormente tuvimos relaciones sexuales (usando condón). Un día me propuso vivir juntos y acepté, pero antes me dijo que se iba a hacer un exámen de VIH, ya que tenía dudas (siempre fue honesto en cuanto a sus anteriores relaciones), salió negativo (2001).

A los dos meses de vivir juntos me embaracé y fue cuando le salieron unas ampulas en el pene, se asustó y fue al seguro, ahí le dijeron que tenía que hacerse estudios de VIH y VDRL¹, entonces fue cuando salió positivo en el primero. Cuando recibí la noticia lo

¹VDRL: Prueba de los laboratorios de investigación de las enfermedades venéreas.



primero que pensé fue en el bebé que llevaba en mi vientre, lloré toda la tarde y toda la noche y pensaba en la mala suerte que tenía y por que a mi me pasaba, al día siguiente ni siquiera fui a trabajar. Acudimos al médico y este nos dijo que yo tenía que hacerme la prueba y que el bebé tenía que nacer por cesárea y no la iba a amamantar.

El resultado de mi estudio fue negativo, pero aún así el miedo me invadía, estaba deprimida y no sabía que hacer. Solamente les dijimos a mis hermanas. Su prima de (F) posteriormente se enteró cuando yo le conté (de lo cual me arrepiento), mi embarazo lo pasé terrible, entre depresión, angustia y miedo, además en parte (F) me culpaba de haberme embarazado. Hasta el día de la cesárea me hice los exámenes cada tres meses, siempre salieron negativos. Al nacer la niña le hicieron la prueba también fue negativo y sentí un gran alivio, cierto día visitamos a su prima de (F) y nos discriminó, escondió a sus hijas y apenas se nos acercó para saludarnos (jamás la volvimos a visitar y un día le reclame y le dejé de hablar).

Por esas fechas mis padres y su mamá de (F) se enteraron. Mis padres siempre me apoyaron, mientras que su mamá de (F) lo contó donde vivía y con eso, no pudimos frecuentarla, ya que (F) no quería que nos discriminaran a los tres.

Paso el tiempo, en el 2002 (F) se sintió mal y fue cuando decidió ir a la Clínica Condesa

pero le dijeron que por el momento sólo le podían dar Bactrim, ya no regresó a la clínica. Pasó el tiempo y yo me seguía haciendo las pruebas, las cuales salían negativas. (F) trabajaba unos meses y otros descansaba, para no agotarse tanto. Por esas fechas decidí contarle todo lo que me pasaba a mi amiga (N), quien me ayudó emocionalmente y me dio fuerzas para seguir adelante. Ella es una gran amiga. En abril de 2007 (F) no trabajaba, un amigo le habló y le dijo sobre un puesto y lo contrataron pero le aumentaron las horas por que habían despedido personal y fue cuando empezó a fatigarse, en agosto de ese mismo año dejo de trabajar por que se sintió mal, le dolía el estómago, tenía vómito, diarrea y bajó de peso, lo llevamos al médico particular, al seguro, pero el no quería ir a la Clínica Condesa, se reponía pero muy poco, entonces empezó a caer en cama, tenia escalofríos, sudoraciones, tos seca, se le empezó a caer el cabello, lesiones en la piel y aun así no quiso ir a la Clínica Condesa, lo llevábamos al médico, pero no le decíamos que tenía VIH.

Desde ese momento mi angustia y mis miedos se acrecentaron mas, fue hasta enero del 2008 cuando accedí a que lo lleváramos a la Condesa, ahí lo atendieron bien, pero el doctor dijo que tenía neumonía y su Cd4 era de 14, le dio tratamiento, para ese entonces ya había bajado ocho kilos. Se recuperó, pero cuando en febrero del mismo año inició el tratamiento con Trubodin y Kaletra, empezó a tener diarrea y vómitos, estos los controlaba con otros medicamentos (llegaba a tomar



hasta 10 pastillas al día), pero no lograba recuperara peso. En la clínica Condesa le hicieron estudios generales y salió bien, siempre tuvimos un buen trato, al menos con los que nos tocó tratar. Para esas fechas, yo estaba cansada, deprimida, enojada. Faltaba al trabajo, llegaba tarde, y sentía que no podía más.

Mis padres y mis hermanas nos apoyaban, así como sus hermanas y su mamá de (F), también mi amiga (N) me decía que debía

tener fe sí tenía muchas esperanzas de que (F) se recuperara.

Nuestra hija con solo siete años, preguntaba que cuando se iba a curar su papá, yo no sabía que contestar, ella vivía junto conmigo toda la enfermedad. Un día llego a mis manos un folleto de SIPAM y decidí ir, ahí me recibieron con los brazos abiertos, por fin pude hablar con otras personas y decir lo que me pasaba, me sentí en familia y recibí su apoyo. Pero en casa las cosas seguían igual, para julio de ese mismo año (F), ya había perdido 20 kilos, el 7 de julio fuimos a lo que sería su ultima cita en la Clínica Condesa y el doctor le dio esperanzas y le dijo que se podía recuperar, ya que le habían hecho una biopsia una colposcopia y relativamente estaba bien. Cabe recalcar que cuatro meses antes (F) se quejaba de un dolor en el estomago, en esa última cita a (F) ya se le habían hinchado un poco los pies y un poco las manos, el doctor dijo que era por su anemia.

Después de la cita (F) empezó a comer más, pero le dio más diarrea y el medicamento para controlarla ya no le hizo efecto, (F) se quejaba, ya estaba más deprimido, pues tenía ya casi un año sin salir a la calle, por momentos decía que no quería seguir sufriendo, para el 17 de julio ya se le veía más mal, no alcanzaba a llegar al baño, incluso tuvo que usar pañal, la diarrea no paraba, entre sus hermanas y yo lo convencimos de que era necesario llevarlo al hospital. Hablé por teléfono a la Condesa y ahí me dijeron



que lo llevara al Dr. Gea González. Llegamos aproximadamente a las ocho de la noche, a las 8:20 lo pasaron a valoración, los doctores nos vieron como seres de otro planeta cuando dijimos que era portador de VIH, salimos nuevamente a la sala de espera, (F) estaba aún mas fatigado y se le veía mal con diarrea, no nos atendían, ya habían pasado las personas que llegaron después de nosotros, fui con los doctores para pedir que le atendieran, lo pasaron y le inyectaron según ellos para detener la diarrea, nos sacaron nuevamente a la sala de espera.

Eran aproximadamente las cinco de la mañana cuando nuevamente fui a pedir la atención (pues en esos momentos (F) deliraba, pues decía que veía animales y cosas) El doctor me miró y me preguntó el nombre de mi esposo, entró por la hoja y dijo: A ver, ya páselo. No lo reviso, lo vio, le dije todos los síntomas que llevaba y solo me extendió una receta con Ciprofloj y Kaopectate. Me dijo “Lléveselo a su casa por que aquí no hay camas aisladas y no lo podemos atender, si se pone más mal lo lleva al Hospital General, además, las alucinaciones son normales en el VIH”.

Que absurdo, nos tuvieron todo ese tiempo para nada, ¿por qué?, muy sencillo fuimos discriminados, por que (F) era un paciente con SIDA, pero más aun, absurdo es que a unos días del Congreso de SIDA en México, todos los medios hablaran sobre los derechos con VIH. Desde mi experiencia vivida en ese hospital la mayoría de las cosas que

hablan los medios son mentiras. Denuncio que por gente como ese doctor mi esposo no fue atendido rápidamente.

Al salir del Hospital Dr. Manuel Gea González, nos fuimos al Hospital General, para cuando llegamos (F) ya casi no llevaba pulso, lo atendieron en urgencias, ahí lo ingresamos a las 7:30 am del 18 de julio. Me interrogaron y pero no me informaron nada sobre su estado. Fue hasta la 1:10 de la madrugada del 19 de julio cuando me llamó el infectólogo, ya lo tenían en una cama aislada, pero solo fue para decirme: “Su esposo está agonizando, es cuestión de minutos o de horas” .(F) murió a la 1:20 del 19 de julio de 2008, ya no me pude despedirme de él.

Mi hija y yo somos negativas, y esa es una dicha por la que estoy agradecida con Dios.

El VIH cambió mi vida, y las cosas pasan por algo, amé a mi esposo, viví con él desde un principio la enfermedad, ahora lo llevo en el corazón, así como a mi hija. A mis padres, mis hermanas, mis cuñadas, mi suegra, que estuvieron en los momentos mas difíciles les doy las gracias, pero sin olvidar tampoco las maravillosas personas que conocí en SIPAM, que sin conocerme me han brindado su apoyo incondicional y a ver la vida como una nueva oportunidad.

CARO



Es un grupo bullicioso, sentados juntos, esperan, el tiempo pasa lentamente y ellos son jóvenes muy jóvenes. En medio una figura menuda, morena, de cabellos firmemente atados en cola y una hermosa sonrisa, se mueve con nerviosismo, espera un poco, respira hondo y empieza a hablar:

Nací en una ciudad perdida, atrás del Parque de los Venados, en una pequeña casa de láminas de cartón; quizá no hayan oído hablar de las ciudades perdidas, hace muchos años se encontraban por toda la ciudad, eran los espacios de los pobres, enormes predios hechos vecindades, la mía, mi ciudad, estaba en una buena colonia, la “Del Valle”. Mi papá se metió de soldado y como mi mamá no sabía trabajar, se dedicó a juntar cartón y fierro viejo para vender.

Mi mamá sabía hacer tortillas chiquitas, eso comíamos, tortillas con chile, con queso, ahí en el comal, endurecidas para hacer tostadas con sal. Fuimos nueve hermanos y vivimos seis. Yo era la mayor, luego vivimos en la Vasco de Quiroga en “La Sapo”, antes rentamos en la Lindavista y al final en Iztapalapa, ahí vive todavía mi mamá y yo tengo mi casa en Xochimilco.

Por los grandes ventanales se asoman nuevos chicos, algunos entran al recinto casi de puntitas, se acercan lentamente y se sumergen pronto en la historia de Caro.

Su rostro cambió, la sonrisa huyó, el tono de su voz se fue haciendo bajo; mi mamá

me maltrataba mucho, ella también sufría, mi papá le ponía unas golpizas... -respira hondo, camina un poco- Cuando tenía unos cinco años un amigo de mi papá me violó, yo no sabía que era eso entonces, ahora lo sé, después, quizá a los ocho, mi tío lo hizo, y al poco tiempo mi papá. Mi mamá nunca supo, nunca le dije.

Yo vendía tostadas, tacos, mangos, mi mamá vendía en la primaria y yo en el quicio de la puerta de la casa, tendrí unos nueve años, iba a la escuela, estudié hasta el segundo año de comercio, no había tiempo para jugar, tenía que ver por mis hermanos.

“También nos vestía del tiradero, siempre usé chanclas de hule, nos mandaba a pedir pan en las casas ricas. No tuve niñez ni amor de padres”.

Los chicos siguen atentos el relato, no creí que pudieran estar tan serios, tan atentos, son un poco mas de veinte estudiantes de preparatoria, éste es el público de hoy, estamos cerca de San Lorenzo Tezonco. Las chicas de SIPAM están dando un curso de salud sexual y reproductiva donde Caro ofrece su testimonio, es hija, madre y abuela, cuida a una de sus nietas, vive con VIH.

Me enamoré pronto, mi primer amor fue a los 15, duró tres años y él murió en un accidente, se cayó de un andamio y se partió la cabeza, yo estaba embarazada y mi mamá me dijo que me casara pronto, así que me junté,



pero las cuentas no cuadraban, la bebe llegó pero murió prontito, seguí mi vida, llegaron otros hijos y con el tiempo, él me abandonó.

Llegó otra vez el amor, saben, él me trató como una mujer se lo merece, me llenó de afecto y cariño me llenó de detalles y de ternura, se vino a vivir conmigo, y empezaron los problemas, el decía que era por mis hijos, que nos fuéramos solos él y yo. Después el desprecio y la humillación, incluso los golpes, yo me quedaba callada para no hacer mas grandes los problemas, fue entonces, ahora lo sé, que adquirí el VIH, empezaron la dia-

rra, las gripas y empecé a bajar de peso. Yo creo que él ya sabía, una vez me dijo que ya nadie me podía querer, que estaba “sidosa”.

Yo acudía al centro de salud de Portales, ya después mi hijo entró a la marina y en el servicio médico me operaron de los meñiscos, después me quitaron la matriz y me operaron de una fisura, nunca me detectaron nada, aunque yo seguía bajando de peso.

En esas andaba, triste y sola, encanijada pues, cuando conocí a un chico muy guapo y respetuoso, era menor que yo y me invitó a salir, bailamos, no lo hacía muy bien, pero era muy guapo, tuvimos relaciones a veces protegidos por el condón, a veces no. Lo vi después, ya muy flaco y a poco murió. En el funeral su madre se acercó a mi y me dijo “si usted anduvo con mi hijo vaya a hacerse la prueba del VIH” también se acercó una mujer joven, su compañera, serena me miró y me dijo que ella ya se había hecho la prueba del VIH, que era gratis y me dio los datos del CONASIDA en Tlalpan, ande vaya me dijo, siempre muy seria, vaya pronto.

Así llegó el VIH a mi vida, fueron amables, hablaron conmigo antes de hacerme la prueba y después también, pero yo no escuchaba, no pude ni llorar, me quede atontada, pensaba en lo que iba a hacer, la trabajadora social me dijo que los medicamentos eran muy caros, recuerdo que pensé que ya me había fregado, ella seguía hablando, si quiere llore, aquí



conmigo, ¿tiene seguro? Preguntó y yo le dije que el de la Marina, ¿Usted trabaja ahí? Respondí que no, que era mi hijo, me dijo que fuera con un médico de ahí del CONASIDA y que no dijera que tenía seguro, que en los servicios médicos de la Marina te dan de baja si saben que tienes esto.

Salí de ahí sintiéndome la mujer mas sola del mundo, no quería que nadie lo supiera, yo había sido una mujer de ojos sonrientes, de tez bonita y cara chapeada, no necesitaba maquillaje y perdón que lo diga yo, de cuerpo muy bonito. Ahora no me quiero ver en el espejo, el VIH fue un cambio de 180º, mis piernas y brazos son ahora muy delgados, cuando voy a ver a mi familia tengo que ponerme doble de ropa, para que no pregunten, mis caderas se han escurrido, mi nieto dice que tengo un cuerpo marciano.²

La voz se va achicando y el silencio merodea por el salón, no hay aplausos, ni movimiento, todos miran a la figura menuda, morena y sonriente que se encuentra al frente, nadie se anima a preguntar nada.

Yo quisiera pedirles que se cuiden, que usen condón en todas sus relaciones, que aprendan a vivir la vida sabia y responsablemente. Siempre he pensado en la muerte, pero no por VIH, ahora tengo una mejor calidad de vida, no tomo, no fumo, no me desvelo, trato de comer bien. A veces me odio por haber sido una chica fácil que se enamoró de un hombre sin corazón.

²Cabe aclarar que la lipodistrofia es una afección metabólica que se caracteriza por una alteración local o regional en la distribución de la grasa. Se manifiesta con el crecimiento del tejido en la parte posterior del cuello, donde crea una especie de joroba “giba de búfalo”, en el abdomen “vientre de proteasa” y con adelgazamiento en las extremidades. No tiene que ver con el VIH, sino con los medicamentos (inhibidores de proteasa) que se utilizan para combatirlo.

En SIPAM me fui fortaleciendo mas, mi hija me siguió preguntando y fue cuando le dije; empecé a llorar de pena, ¿Por qué lloras? Me preguntó, ¿Qué no hay confianza entre nosotras? Yo tenía pena y lloramos juntos.

Nunca pensé encontrar a unas personas tan maravillosas y buenas que nos apoyan, que nos orientan y lo mas importante, que les interesa nuestra situación, que Dios los bendiga y les de mucha fuerza, para que nos sigan orientando.

Decírselo a mis hijos me dio mas vergüenza, tardé un mes en decidirme, empecé con el más chico de los hombres. Me consoló y me dijo: “somos humanos” me abrazó y me dijo que me quería mucho y no quería perderme. “Busca donde hay un tratamiento, yo te doy el dinero” le contesté que ya me estaba tratando y que iba a SIPAM: Es un grupo de mujeres psicólogas y un hombre llamado Javier Eduardo.

Una semana después hablé con el mayor. Cuando se lo conté me contestó que ya lo sabía, esa fue la misma respuesta del de en medio. Lloré pensando en lo maravillosos que son mis hijos y mis nietos de 10 y 12 años.

A pesar de que no estaban muy informados del VIH no me despreciaron, al contrario, me cuidan, me recuerdan la toma de medicamentos.

Han pasado cuatro años desde entonces, tengo cuatro y dos nietos, soy feliz con mi familia, pero yo me odio.



Caro coordina los trabajos del Grupo Ave Fénix, que reúne a mujeres impactadas por el VIH, habla con grupos de jóvenes y adultos sobre sexualidad responsable y da su testimonio. Actualmente se prepara para ser promotora de derechos humanos y poder acompañar de mejor manera a otras personas que pasan por situaciones difíciles. Es hija, madre y abuela, visita los fines de semana a su madre y cuida por las mañanas a sus nietos, se da tiempo para cuidar sus plantas, acudir a reuniones y ofrecer charlas.

México D.F. a 16 de mayo de 2008

Redactado por Javier Eduardo Martínez
como lo relató Caro.

DAYSÍ

Daysi actualmente tiene 40 años, está casada y tiene cuatro hijos, comenzó a trabajar en VIH/SIDA desde 2001, dice que no fue por voluntad sino porque los hechos la obligaron, ella fue infectada por su esposo y fue así como entró en una parte de la vida que, según sus palabras, ella ni imaginaba.

En 2001 fue cuando tuvo su primer contacto con otras personas que también vivían con VIH, ella narra: ...de la noche a la mañana me vi envuelta en todo lo que rodea al tema, pero no tengo registro del tiempo, un día de pronto abrí los ojos y no supe ni como pero estaba en el Congreso de VIH/SIDA de 2002 en Veracruz, de ahí me propuse hacer, no solo anotar la tarea, sino realizarla y cuando estuve de regreso en Mazatlán, dudé tanto que fue hasta 2004 que pude realizar una primera reunión para convocar a personas que estaban viviendo con el virus y darme a la tarea de darles la información que fui recolectando, a pasarles datos nuevos y también para conocer si estaban teniendo o viviendo problemas relativos a nuestra condición de salud.

En realidad yo tenía muchas dudas y miedos y estaba en una búsqueda, la reunión la organicé porque supuse que ellos también las tenían. Una de mis principales dudas era cuanto tiempo iba a vivir, que me iba a pasar, que iba yo a hacer con mis hijos o si los iba a ver crecer.

Cuando realicé esa primera reunión para conocernos y darnos apoyo, me empecé a dar



cuenta de que muchas y muchos de nosotros teníamos problemas en común relacionados con nuestra condición, por ejemplo en lo que respecta a la atención médica, en Mazatlán no teníamos ninguna clase de apoyo psicológico permanente, esto debido a que en el hospital quienes daban el apoyo eran estudiantes de servicio social que duraban muy poco, no tenían experiencia en el tema y cada uno lo manejaba a su manera y modo de entender, eso lo que propiciaba era un descontrol emocional en los compañeros.

Yo soy usuaria del IMSS, ahí me di cuenta de que estábamos peor ;ni eso teníamos!. Al comenzar a platicar, me di cuenta de la enorme discriminación con la que éramos tratados todos, aún el área especializada de atención en VIH/SIDA. Identifiqué que nos discriminaban con el trato y, por lo poquito que ya había aprendido en talleres para personas que viven con el VIH, yo sabía que eso no debería de pasar, pero mis compañeros no, uno se acostumbra a ese trato y no te das cuenta.

La vez que sentí mayor discriminación hacia mi, fue cuando organicé la reunión de la que te hablaba, se empezó a correr el rumor de que yo lo hacía porque tenía SIDA, en ese entonces estaba yo trabajando en una campaña política para un partido, estábamos en tiempos electorales, mi labor era preparar la comida, de repente miré actitudes y cosas raras hacia mi, cuando yo les ofrecía los alimentos que había preparado, la gente de la campaña me los rechazaba, pero como por mis ocupaciones no estaba al pendiente de lo que la gente decía, no me di cuenta exactamente el porque de su rechazo, hasta que mas adelante me enteré de que sus actitudes se debían a que una compañera les estuvo diciendo que tuvieran cuidado porque yo era seropositiva.

Dentro del ámbito familiar, la discriminación la enfrente con mi suegra, no sé como explicártelo, quizá ella quería que yo me sentara a esperar el momento, a pesar de que fue su hijo quien me infectó, su trato hacia mi no



era cordial, de hecho ella quería que vendiera mi casa y que me fuera a un cuarto aparte que ella dispondría para mi, en ese entonces yo no sabía mucho de lo que me iba a pasar, pero me negué a esa imposición.

En otra situación, te comento que una vez fui al hospital a que me tomaran muestras de sangre, en eso observé que la enfermera no se puso guantes para el procedimiento, por lo que le pregunté si había leído ya mi expediente, en cuanto le dije eso, fue y lo tomó para leerlo, en cuanto se dio cuenta de que yo era VIH positiva fue y me arranco el cateter, al hacer eso la aguja se quedó clavada en el brazo y la sangre continuó saliendo; haciendo un gran charco de sangre, nadie quería acercarse a limpiarla. Mas tarde en ese mismo hospital me operaron de la vesícula y sin yo saberlo, a toda persona que me visitaba, antes de que entrara al cuarto, le decían que yo tenía SIDA, al pasar el tiempo todo esto ya no lo veo con coraje, pues aprendí de ello y de esa forma he luchado para evitar que otras mujeres u otros hombres les suceda lo mismo, poco a poco, mi meta, que me propuse en aquella primera reunión se ha ido logrando.

Aunque he hecho de todo para evitar que se siga discriminando, a veces no lo consigues del todo, por ejemplo, me ha tocado ser testigo de violaciones a los derechos humanos muy graves, fíjate, a una de las compañeras del grupo le sucedió que en la escuela donde estudiaba su hijo, se corrió el rumor

de que ella tenía SIDA, por lo que la maestra le solicitó, que para que su hijo pudiera seguir asistiendo a clases, ella debería traer la prueba del niño donde constara que no estaba infectado, cuando ella me enteró del caso, inmediatamente me puse a redactar una carta con la narración de los hechos que se le entrego a FRENPAVIH (Frente Nacional de Personas Afectadas por el VIH/SIDA), esta carta suscitó una queja que fue atendida por la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, fue cuando Ricardo Hernández Forcada del programa de VIH me contactó y me pidió que lo condujera directamente con la agraviada para entrevistarse con ella y pedir su autorización para darle seguimiento al caso, el que detonó y culminó en una recomendación por parte de la CNDH.

Poniéndote otro ejemplo de discriminación, a las mujeres no nos dan la atención mínima necesaria para padecimientos específicos de la mujer, por ejemplo en los servicios de ginecología ni siquiera las quieren recibir o no hay ginecólogas especializadas y sensibilizadas en torno al VIH, te cometo con respecto al tema de gineco, hubo otro caso de una compañera que siendo VIH positiva quedó embarazada, al llegar al servicio de ginecología uno de los médicos se la pasó regañándola por haberse atrevido a embarazarse, al tener un embarazo de alto riesgo que ponía en peligro su vida, otro de los ginecólogos sin su consentimiento le dio un medicamento para que abortara, cuando el doctor regañón se dio cuenta le retiró el medicamento y se em-



pezó a pelear con el otro, ya que este estaba en contra del aborto, y así se la pasaron, uno ordenaba a la enfermera que se le diera ese medicamento, y llegaba el otro y pedía que se le retirara, todo esta conducta era de una forma prepotente y arbitraria, por lo que a mi compañera le causaron una crisis emocional terrible y de todas maneras se perdió la bebé, porque era una niña.

Sabes, yo no era tan conciente de cómo se han violado nuestros derechos humanos.

Redactado por Alfonso Torres como lo relató Daysi.

¿Quién eres?

Hoy soy una mujer tratando de quererme, aceptando su realidad, fuerte, alegre y trabajadora, amorosa con mi familia, aunque no lo parezca, un poco dura para decir las cosas.

Siempre he sido muy alegre, siempre vuelvo a empezar.

¿A qué le tienes miedo?

A sufrir antes de morir, no quiero ser una carga para mis hijos, que me cambien el pañal, a depender de ellos, yo siempre doy.

¿Eres feliz?

A medias, se puede decir que sí, fue mi decisión aceptar a ese hombre, a mis nietos, el trabajo. Mis hijos son mi preocupación, no mi felicidad.

¿Qué les dirías a las mujeres?

Yo creo que la libertad, el derecho a decidir, a ser feliz, tiene una palabra: responsabilidad.

¿Cómo es tu día?

Me levanto a las 4:30 de la mañana para bañarme, vestirme, arreglar mi cama, mientras veo las noticias tomo un vaso de leche y unas galletas o pan de dulce. Despierto a mi hija y le doy la bendición. Salgo al diez para la seis, tomo mi pesero y me deja en Mochtezuma, voy a Pino Suárez, a Taxqueña y de ahí a la UAM Xochimilco.

(Eva trabaja aseando una casa, tiene once años haciéndolo.)



Llego a las ocho, recojo ropa, lavo, barro, trapeo, atiendo a los niños, lavo el baño, trastes, desayunamos a las 11 con mi medicamento, a las dos comemos. – El doctor con el que trabajo tuvo un diagnóstico de cáncer hace algún tiempo, yo estuve con el, sufrí su enfermedad-

A las dos comemos, ella guisa muy rico, al final lavo la cocina y salgo. La niña de la casa tiene siete años y un carácter fuerte. A las cuatro y media o cinco hago el mismo trayecto de regreso, a las seis llego a pelear con mi nieto, que me dice: Abuela vienes cansada, vete a dormir. A veces hago una cena ligera, después a las 11:30 un poco de leche, pan y medicamento.

Mis amigas son mis vecinas Alicia, Georgina y Ana.

¿Por qué no escribes tu testimonio?

Claro, ¿por qué no?

Empezar a escribir este testimonio me costó mucho; no es grato recordar todo lo que te hizo daño, que te dejó una gran cicatriz.

Hola, soy Eva, tengo cincuenta años y ocho, con el diagnóstico de ser seropositiva, soy la mayor de un segundo matrimonio de ambos padres, tres medios hermanos de padre y tres mas de madre antes que yo y otros tres que se dicen ser mis hermanos.



Quiero contarte un pedazo de mi vida, yo me crié en una familia de clase media alta, nuestra casa era grande, en una zona privilegiada, no carecíamos de nada, fuimos de las familias que tuvieron todo: consola, tele, autos, casa propia, buena ropa; recámara para mujeres y otra para hombres, baño con tina y personas que lavaban, limpiaban la casa y nana. Mis padres trabajaban y mi abuela que era la dueña de la casa, guisaba y trataba de educarnos.

Hablando de la abuela, era una persona muy racista, a mi en lo personal nunca me quiso



por ser de tez oscura y a otra hija de mi mamá por ser morenas, las otras dos hijas de mi mamá son de tez blanca y cabello claro, por lo tanto a los morenos nos vestían de colores oscuros y cabello corto y a los claros de colores claros y cabello largo. Además fui abusada por un tío; sobrino de mi abuela cuando yo tenía como cinco o seis años. Un día platicando con mis hermanas me enteré que abusó de todas y decidimos decir a nuestros padres, pero como esto fue varios años después dijeron que ya no se podía hacer nada.

Fui a una escuela de gobierno, mientras mis hermanas iban a escuela de paga, no estudié mas que la secundaria y fui la oveja negra de la familia ya que era muy rebelde, huí varias veces de mi casa, con una amiga de la colonia, era hija de un político de renombre, su mamá me dejaba quedar porque sabía que no la podían acusar. Pero cuando llegaban por mi me entregaban con mi familia.

Durante el periodo escolar de la secundaria mis padres decidieron separarse ya que ambos habían encontrado nueva pareja. El enojo y maltrato de mi abuela hacia mi se hizo mas fuerte ya que se hizo cargo de nosotros por completo no me compraba ni ropa, ni zapatos, ya que mi padre dejo de dar lo poco que daba de gasto; por eso con mucho coraje me daban lo que mi media hermana dejaba y cuando me llegaba a comprar ropa o zapatos eran de oferta mientras que a mis hermanas les compraban en una boutique del centro, pues ella era pensionada de Telmex.

También durante la secundaria conocí al que sería mi pareja por más de 25 años, él era hermano de mi cuñado, esposo de mi hermana la mayor, cuando lo conocí me gustó mucho, a pesar de que yo ya había tenido otros novios, cuando empecé a andar con él, casi no hablaba, era muy retraído y callado, se puede decir que yo lo seduje ya que él no sabía mucho sobre el sexo, por eso salí embarazada y me fui a vivir con mi hermana la grande y luego a casa de mis suegros; vivía en unos cuartos que le prestaba su mamá; con una cocina de dos por dos, de lámina de cartón y un cuarto de cinco por tres, donde vivían 11 personas. Ahí me llené de piojos, los cartones tenían chinches y los ratones se paseaban por el piso; su baño era de fosa común y compartido con otra familia.

Desde ese momento me di cuenta que no debía seguir con él, pero recordaba las palabras de mi padre: “vas a regresar muy pronto” y “me has defraudado” ya que según él, se quiere más a los hijos ajenos que a los propios por eso decidí quedarme, mi pareja estaba estudiando contaduría, cuando se tituló nos salimos de su casa; su mamá se enojó mucho porque ella le había pagado la carrera y esperaba que le compensara con algo al empezar a trabajar, ella no me quería y a pesar de que todos mis hijos se parecen a su familia (menos el más chico), siempre me dijo que mis hijos eran bastardos, yo creo que el nunca pudo con el paquete ya que empezó a tomar y a maltratarme: me pegaba hasta casi matarme y su familia usaba eso para ponerlo



en mi contra y que me maltratara más, una de mis hijas murió a los tres meses y en este embarazo él me aventó de la escalera y me lastimó la panza pero aún así seguí con él; tuve cinco hijos y la que murió. A mi pareja nunca le gustó trabajar en las oficinas y por eso estudió mecánica y puso su taller, pero el alcohol y la fiesta se incrementó, faltaba los fines de semana, llegaba sucio y sin dinero, más a fuerzas que de ganas me compró el departamento donde vivo, aunque me corría cada que quería.

Cuando mis hijos crecieron ya no le permitían que me maltratara, pero a ellos llegó a pegarles y a retarlos a golpes, él empezó con el maltrato psicológico: me decía que estaba gorda y fea que las de la Merced estaban mejor; decía que yo andaba de puta porque me salía a vender joyería y ropa para poder completar el gasto, se metió con una de mis hermanas y yo creo que hasta con un concuño. Un día tomando en su casa despertaron muy empiernados y abrazados, después se lo comenté pero ya tenía mucho que no dormíamos juntos.

Él adelgazo mucho, tenía mucha diarrea, perdió el control de esfínteres, tenía unos granos o manchas en la cara y cándida³, perdió la memoria pero nosotros creíamos que era por el alcohol ya que no dejaba de tomar ningún día.

³ La Cándida es una infección por hongos, generalmente en mucosa que se manifiesta como algodoncillo.

⁴ Se refiere al Hospital Psiquiátrico "Fray Bernardino Álvarez".

Lo anexaron y de ahí paso al "fray"⁴, en el que murió a los tres meses, él sabía lo que tenía ya que un día quiso hablar conmigo de

algo importante y luego ya no me dijo nada; pero le dijo a una de mis hijas que ojalá yo lo perdonara y que lo pudiera volver a querer como al principio .

En su acta de defunción dice probable VIH pero nunca lo confirmaron y ya por respeto a mis hijos no pedí que le hicieran la autopsia ni la prueba confirmatoria, a mi me hicieron la de ELISA y la de WESTER BLOD en el “fray”, en Salubridad otro igual, en un particular y finalmente en la Clínica Condesa, los medicamentos me han ayudado pero también han dañado mi cuerpo ya que tengo lipodistrofia.

Hoy trabajo en un grupo de mujeres con el mismo padecimiento que yo, he aprendido a vivir con el VIH. Aunque no lo acepto, me pregunto por qué a mí, y lo único que me contesto es porque no le puse límite a mi pareja y no pude valorarme; pero quién me dice que yo valgo -cuando desde tu familia te discriminan y maltratan-, hoy amo a mi familia y mi vida y trato de que estén unidos pero lo que más amo, es a mis nietos y espero que tengan una vida mejor, “lo que no te mata te hace mas fuerte”.

Los derechos humanos de un individuo empiezan desde la familia, cuando se rompen se destruye la autoestima y el motor del ser humano y se vuelve frágil.

Entrevista: Javier Eduardo Martínez
Corrección de estilo: Emy Magaña Loredó



Hola yo soy Gabriela viuda de Espadas. Soy una mujer muy alegre y sentimental. Fui criada en el seno familiar, mis padres me inculcaron la religión católica y procuraron siempre darnos todo lo posible en los estudios, y las cosas materiales, así como también paseos, no frecuentes, pero si salíamos. Nos trataron a todos por igual no había alguno que fuera el predilecto.

Somos tres mujeres y dos hombres, yo soy la segunda de los cinco hijos y fui la última en casarme. Desde joven tengo mi trabajo en mi casa, corto el pelo y entonces era todo mi pasatiempo: mi trabajo. Pero en una ocasión me invitaron a participar en un grupo de danza folclórica y me fui al grupo. Ahí conocí a muchachas y muchachos de mi edad con los cuales yo salía de vez en cuando por que cuando estás en ese tipo de grupos te invitan continuamente a fiestas, ahí conocí a un muchacho. Él y yo nos acoplamos muy bien para el baile y mis padres nos daban permiso de ir a una que otra fiesta con el “pero” de que mi llegada a la casa era a las diez de la noche. No me permitían llegar más tarde. Mis padres siempre han sido muy protectores con nosotras, ni yo, ni mis hermanas teníamos permitido faltar a la casa, por que como somos mujeres, pensaban que nos podría pasar algo malo en la calle.

Pero un día en el año 2000 conocí a otra persona. Mi hermana, la mas chica, bautizó a su bebé, una niña y en esa reunión mi otra hermana, la mayor, invitó a unos amigos y



amigas a la comida en mi casa. Fue ahí donde yo conocí a Ricardo. Ese día él no me quitaba la vista de encima y yo estaba con mi gran amigo de danza folclórica. Mi amigo me dijo: “ya te fijaste cómo se te queda viendo ese muchacho”. Y yo le dije: “Sí, pero ni siquiera lo conozco”. Entonces mi hermana me lo presentó. Me cayó bien pero no paso de eso: caerme bien.

Después de la reunión, Ricardo, le preguntó a mi hermana, la mayor, por mí. Diario me mandaba a saludar y yo le decía a mi



hermana que gracias pero que su amigo me era indiferente.

Un día, mi hermana y yo fuimos a la tienda Comercial Mexicana y ahí nos encontramos a Ricardo. Me dijo que si nos podía acompañar y le dije a mi hermana que era su amigo y que si quería ir con él que adelante. Pero no, el muy necio iba atrás, atrás de mí y me hizo la plática. Entonces saliendo de la tienda nos invitó a comer, las dos aceptamos. Desde ese día me invitó a salir. Yo acepté verlo ya que no tenía ningún compromiso con nadie, salí a comer con él varias veces. Como yo tenía que ir a la clase de danza a esa hora lo veía.

Un día se le ocurrió que yo le cortara el cabello y se le hizo costumbre ir a mi estética y con cualquier pretexto lo tenía ahí conmigo por lo menos cada tercer día. En una de las salidas se me declaró y ya para ese entonces me llamaba muchísimo la atención, siempre me gustaron sus ojos verdes. Empezamos un noviazgo sano y como vulgarmente se conoce de manita sudada. Un día me cacharon con él en la estética y les dije a mis papás y hermanos que él era mi novio y mi mamá lo miró muy feo y no le gustó nada pero permitió que siguiera con él. Luego ya lo dejaban que me visitara en la casa y no a escondidas, lo dejaban entrar a la casa todos los domingos y le pusieron un horario para poder ir a verme. Pasado el tiempo como al año y medio de novios decidimos casarnos, mi mamá no estuvo de acuerdo con la boda pero dejó que nos casáramos y para el 30 de abril me casé

con él por el civil y el 8 de junio del 2002 por la iglesia. Todo iba muy bien, llevábamos unos meses de casados y estábamos muy contentos con nuestro matrimonio pero al pasar el tiempo el empezó a sentirse muy mal y empezó con diarreas esporádicamente e iba al médico y le daban medicamento para la diarrea y se le quitaba. En mi cabeza jamás había pasado la idea del SIDA yo ni siquiera estaba enterada de lo que era. Una ocasión mi esposo se puso muy mal y yo tuve que salir ese día, mi hermano lo llevó al doctor por que decían que pedía un doctor a gritos y me dejaron un recado para que yo los alcanzara con el médico. Fui lo mas pronto que pude, cuando llegué pregunté y me pasaron a un consultorio, me encuentro a mi esposo en una camilla y mi hermano a su lado.

En cuanto me vio lo primero que me dice es: “perdóname, perdóname yo no lo sabía perdón”. Yo me quedé parada, yo no comprendía por que me pedía perdón. La doctora me dijo: “¿usted es la esposa?”. Yo le conteste: “si, yo soy la esposa. ¿por qué? ¿qué le pasa a mi esposo?” Y me dijo, delante de mi hermano: “Él tiene SIDA y usted como es su esposa igual tiene SIDA ¿qué van a hacer? el tratamiento es muy caro. Si usted tiene como quince mil pesos podrá comprar el medicamento para un mes pero para los dos son treinta mil pesos. Eso me lo dijo sin haberme hecho algún estudio.

A mí, en esos momentos, se me cerraba el mundo no sabía que hacer. Creí que mi her-



mano se iba a quedar callado pero no, lo platicó con mi cuñada y se llenaron de pánico. Yo se lo platiqué a mi hermana, la mayor. No sabía que hacer, me encerré en mi recámara con mi esposo y le dije: “ni modo ya tenemos esa enfermedad vamos a luchar juntos”. Juramos que ninguno de los dos nos íbamos a suicidar, al contrario, íbamos a luchar juntos y él me juró que hasta que Dios nos llamara, él y yo íbamos a luchar. Nos abrazamos muy fuerte y lloramos juntos. No sé, no recuerdo cuantas noches lloramos.

Tiempo después se lo platicamos a otro de mis hermanos, mi hermano me abrazó y nos dijo que no estábamos solos que nos iba a ayudar. Para esto, mi mamá no estaba en la casa, estaba fuera del DF, por que su papá había muerto. Yo tenía miedo y les pedí que a mi hermana la más chica, y a ellos no les dijeran.

El día que mi mamá y mi papá regresaron del velorio llego mi hermano mayor, quién recibió conmigo el diagnóstico, me fue a ver y me dijo: “Sí tú no se lo dices a mis papás, yo se los voy a decir.” Me armé de valor y bajé para hablar con mis padres, les dije: “Fíjense que Ricardo esta enfermo, tiene SIDA y yo como su esposa también”. Ellos se quedaron callados. Yo pensaba “qué irá a pasar” por que mi papá es diabético y no quería que se enfermara pero después de un silencio, mi mamá me abrazó y me reclamó el por que no se lo quería decir y yo le dije que no quería que nos despreciara como lo había hecho mi hermano el que recibió el diagnóstico conmi-

go. Mi mamá me dijo: “¿Qué has hecho para informarte? ¿qué debes hacer?” Y le dije que nada. Ella llamó a Telsida y ahí le dieron la dirección de la Clínica Condesa.

Mi mamá nos llevó a los dos y pedía informes y en una palabra por ella estoy en esa clínica. Como ya teníamos unos estudios nos recibieron rapidísimo y luego luego nos hicieron el examen confirmatorio y si, en efecto teníamos VIH. Mi hermana me miraba y no sé que pasaba por su cabeza pero yo lo que quería era que mi esposo estuviera bien.

Él en algún momento quiso dar explicaciones de su vida tan alocada que vivió antes de conocerme y yo le dije: “Lo pasado, pasado. No quiero saber nada. Yo te perdono por que te amo, echale ganas para vivir muchos años”

Cuando mi mamá supo de lo grave de la situación me dijo “Él se tiene que ir de mi casa, yo no lo quiero ver. A ti te vamos a ayudar, pero a él, que lo ayuden en su casa y se decidió que él se fuera a Quintana Roo con su familia. Mi papá, mi hermana la mayor y yo lo fuimos a dejar a la central camionera cuando él subió al camión y lo vi, que salía de la central, yo sentía que toda mi vida se había acabado y que jamás lo volvería a ver. Quedamos incomunicados y yo no estaba a gusto sin saber nada de él, si estaba tomando los antirretrovirales o no.

Quería encontrar la manera de saber de él pero no podía no tenía como comunicar-



me. Con el paso del tiempo a él se le ocurre llamar por teléfono a casa de mis tíos y mi tío me viene a llamar y me dicen: “te habla Ricardo”. Yo corrí al telefono y era él. Por fin lo volvía a escuchar sabía que estaba bien y que ya en Quintana Roo le estaban dando su medicamento eso me hizo sentirme un poco mas a gusto. Luego nos comunicábamos por cartas y después de que tuve que ir a terapias con el psicólogo decidí que yo quería estar con mi esposo pues total la enfermedad ya la tengo pues ni modo yo quería vivarla con mi esposo los dos juntos y lo platicamos los dos y decidimos que yo me iba a ir otra vez con él. Cuando mis padres se enteraron hablaron conmigo y me convencieron de quedarme. Para mí era muy difícil dejarlos y principalmente a mi padre que ya para esto estaba perdiendo la vista. Lo hablé con mi esposo y decidimos rentar un cuarto cerca de mi casa.

Pero el gusto nos duró muy poco por que el empezó a trabajar y volvían las recaídas y la diarrea que no lo dejaba ni salir, también el vómito tan horrible que tenía todas las noches y no lo dejaban dormir. Eso para mí era muy doloroso y traumático, yo procuraba que él comiera bien y los últimos días que estuvo conmigo ya no detenía nada en su estómago a pesar de que se tomaba sus medicamentos, eso lo adelgazo demasiado. Yo lo llevaba a la Clínica Condesa y siempre lo atendían muy bien le ponían de dos a tres litros de suero y él salía mucho mejor pero la última ocasión que se puso malo a mi lado fue en la noche. Mi hermano, mi papá y yo lo

llevamos al médico y le pusieron un medicamento tan fuerte que no se podía sostener en pie y mi hermano lo sacó casi cargando y me tuve que quedar en casa de mis papás. Cuando entramos a casa de mis padres, mi mamá muy molesta dijo que no lo quería aquí en su casa que lo echáramos a la calle y mi papá y mi hermano dijeron que no y lo metieron a la casa, al día siguiente nos fuimos al cuarto que rentábamos.

Pasaban los días y él seguía igual, muy mal un día me llamó en la noche a la casa de mis papás quería hablar conmigo pero yo estaba ocupada cortando el cabello. Mi papá recibió el recado, decía que lo habían mandado muy lejos a trabajar y que hablaba para despedirse de mí, que no me preocupara y que me quedara con mis padres. Así lo hice al otro día fui a ver si ya había llegado y cual fue mi sorpresa que ya se había ido de la casa y yo lo primero que pensé fue que se había ido con su mamá y me sentí sola entonces les plati-qué a mis padres y me regresé a la casa. Le llamé a mi suegra y le dije que su hijo había dejado la casa y que yo pensaba que iba para allá con ella por que él iba muy mal, que apenas se sostenía y obviamente me sentí engañada, sola, abandonada, decepcionada y muy molesta. Le dije a mi suegra que le dijera que no lo quería volver a ver y que ni me llamara y así lo hizo no me volvió a llamar.

No volví a saber de él hasta pasada la Semana Santa cerca de mi cumpleaños hablaron con mi tío y le dijeron: “Ricardo murió el 18



de abril, avísele por favor a Gaby". Mi tío me aviso pero ya de muerto iba a cumplir un mes cuando me enteré, me dolió mucho que no pudiera estar como era mi obligación con él los últimos días de su vida. No me despedí de él y ni siquiera lo pude velar como era mi deber de esposa y ni siquiera sé donde está sepultado por que no he podido ir a pesar de que mi suegra me llama y me invita a su casa.

Ella tiene muchas preguntas y no sé como hacerle pero no puedo ir por falta de dinero es muy caro el pasaje para Quintana Roo. Pero se que algún día estaré nuevamente con él, los dos juntos otra vez.

Les agradezco a mis hermanos, ahora que ya pasó el pánico, todo el apoyo que ahora me dan y les pido perdón por que en su momento los lastimé y con mi enfermedad los he hecho llorar por mucho tiempo. También agradezco el apoyo de mis cuñados que no han cambiado conmigo y a mis cuñadas que ahora que ya estamos más enterados del tema del SIDA y se han ido un poco los miedos. Y agradezco a mis padres, toda su comprensión y su apoyo y les pido perdón por el dolor que les cause con mi enfermedad. Yo jamás esperaba esta enfermedad del VIH yo quería tener mi familia, mis hijos y por eso nunca me cuidé, pero no pudo ser y a pesar de todo esto que viví con mi esposo.

Ricardo, te sigo queriendo mucho amor.

LUCÍA

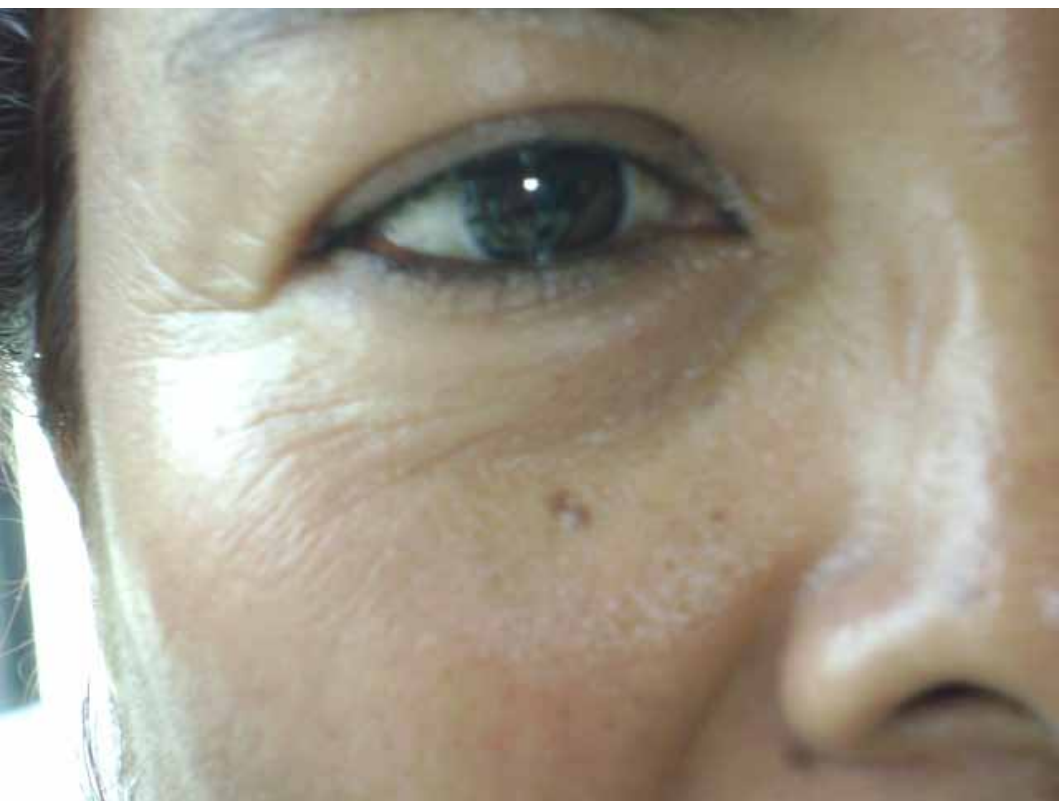
-¿Qué piensas sobre Zapata?, es una pregunta obligada para toda mujer morelense: -Que era un campesino de lucha, la verdad me hubiera encantado ser hija. No su novia, ni su esposa. Él me gustaba para papá

Yo soy de Morelos. Ahí el clima es agradable y templado, aunque en diciembre puede ser frío y en mayo caluroso.

Soy madre, tengo una hija de 26 años, ella no esta conmigo, por su trabajo y sus estudios estamos alejadas, pero pronto me voy a jubilar y quizá podamos estar más tiempo juntas. También soy hija, vivo con mi papá quién es viudo, yo también soy viuda.

De profesión soy maestra, ahora trabajo en una oficina de apoyo técnico administrativo, muchas veces siento que mi trabajo es pesado y me angustia porque a veces no me alcanza el tiempo para terminar todo lo que tengo que hacer. Aunque lo que más me gusta es trabajar con mis alumnos, (ese es mi profesión, trabajar con niños) pero dada mi situación ya no trabajo con ellos.

MI INFANCIA. Fuimos once hermanos, cinco mujeres y seis hombres, en mi familia soy la tercera de los hijos y la primera de las mujeres. Fui una niña feliz, mi infancia me la pase en el campo, mi mamá era maestra, mi papá es campesino. Mi papá nos llevaba a trabajar en el campo, me gustaba sembrar el maíz y más cuando llovía porque nos tapábamos con la manga que es como una sábana con un hoyo en medio, mi papá se la ponía hasta cu-



brirle la cabeza y nosotros nos quedábamos abajo de él para no mojarnos mientras que él jalaba al caballo que cargaba los artefactos para el trabajo.

Como hermana mayor yo tenía que ver que la casa estuviera limpia porque mi mama trabajaba en dos rancherías, se levantaba temprano, tomaba un camión que la dejaba en un cruce donde después tomaba un caballo para llegar a las ocho de la mañana a dar las primeras clases y regresaba por la tarde. Me necesitaba cuidando todo en la casa.

Antes de irme a la escuela veía que mis hermanos desayunaran y se fueran a la escuela, veía que se llevaran el uniforme limpio y ayudaba a bañar y peinar a mis hermanitas. Claro, yo era la que ordenaba: “Niños vayan a sacar el agua para bañar a los escuincles”. Los grandes sacaban el agua del pozo, la llevaban al depósito del agua y ya nos podíamos bañar con agua fresca.

Yo llegaba de la escuela a la una de la tarde, para cuando llegaba mi mamá entre cuatro y cinco de la tarde, mis hermanas debían estar comidos, a veces bañados y haciendo la tarea. Teníamos una muchacha que nos ayudaba y cuidaba a los más chiquitos, pero yo tenía que vigilar todas las cosas. Mi mamá por la tarde iba a la plaza a comprar las cosas para la comida, pero se compraba lo que yo quería que se hiciese de comer, entonces tenía ocho o nueve años. Desde los seis años cuide de mis hermanos, fui como la segunda mamá de mis hermanos y lo sigo siendo aún ahora, los ayudo ya sea económicamente o me piden consejos.

Para mi madre yo fui su hija favorita, la más bonita, la más obediente, la que siempre le hacía caso.

LOS ESTUDIOS. Estudié la primaria y la secundaria en mi comunidad, después como por 1973, me fui a estudiar a un internado de mujeres en Cuernavaca. Era una escuela laica, muy estricta, estaba becada, era una escuela que exigía mucho y siento que me preparó para la vida. Fue un momento de mucho crecimiento,



ahí conocí a muchas personas de otros estados que venían a estudiar aquí, sigo frecuentado a muchas de mis amigas de entonces.

Yo estudié el taller de corte y confección. Cuando estaba en sexto de primaria, mi madre me metió a la carrera de corta de corte y confección en donde aprendí a hacer ropa, por lo que sabía más que otras compañeras y terminé ayudando a la maestra para hacer ropa para las exposiciones.

En aquellos años no se hablaba sobre temas de sexualidad, un ejemplo, ya existía la pastilla anticonceptiva pero ni yo ni mi madre la conocíamos, sí querías información, en el caso de las mujeres, sobre la menstruación pues en la escuela no la daban; muchas veces te la daban las compañeras más grandes del internado, ellas te explicaban que te iba a pasar y donde comprar las toallas sanitarias, pues nos las vendían en la cooperativa de la escuela.

En mi caso yo era de las más grandes del internado, me enteré de la menstruación cuando me pasó, no tenía información y esa vez lloré y lloré. Mi mamá me regañó y, aunque era maestra no tenía la capacidad para podernos informar del funcionamiento de nuestro cuerpo, ni a mis hermanas ni a mí nos explico que nos iba pasar, esa vez, ella se enojó y me regañó porque manché las sábanas; aún recuerdo que me dijo: "...¿Qué no te fijaste escuincla?, mira, todos tus hermanos ya se dieron cuenta..." Y yo lloraba, creo que a ella le afectaba que yo dejara de ser una niña.

EL HOMBRE QUE MÁS AMÉ. Fui una muchacha sin novios por que mis hermanos eran muy celosos y a donde quiera que iba, estaban ellos, me espantaban a los novios, si me veían platicando con algún muchacho me decían: “A que hora te vas a ir, pos órale”.

Había un muchacho de la secundaria, él iba en tercero y yo en primero, me saludaba diciéndome: “Hola chaparrita”, yo caminaba más rápido. Él me gustaba, me encantaba, al principio yo me alejaba de él por que entonces era mal visto que una muchacha anduviera sola con un muchacho.

Cuando entre a la normal de maestros en Amilcingo solo veía a mi familia los fines de semana, conviví con compañeras de todos los estados del país, también venían otros estudiantes a tomar cursos. En ese tiempo conocí al que sería mi esposo, en aquellos tiempos solo nos vimos de lejos y él se hizo novio de otra compañera, cuando terminé la escuela y empecé a trabajar fue cuando volví a verlo, varias compañeras llegamos a trabajar a la misma escuela donde él trabajaba.

El primer día de trabajo él me reconoció del internado y me mandó el almuerzo a la hora del recreo, a mí no me gustó eso, así que no me lo comí, él se dio cuenta y me pregunto: “¿por qué no te comiste tu almuerzo, come algo?” Yo alegué que no me dio tiempo y que además estaba frío, entonces él mando traer comida de fuera, y así fue la primera semana. Poco a poco se



fue ganando mi confianza me acompañaba a mi casa saliendo del trabajo, me cargaba los libros y platicábamos, así me fui enterando que había nacido en Guerrero y que estudió en Michoacán y que antes había tenido una mujer y había tenido un hijo con ella. Entre él y yo nos llevábamos dos años, fue mi tercer novio.

El primer novio lo compartí con mi hermana y la prefirió a ella, el segundo me lo quitó mi amiga y por eso no tuve más novios hasta que volví a verlo a él, el hombre que después fue mi esposo. Él fue mi novio formal, lo anteriores eran novios como de “a mentiritas”, él fue el primero que me dio mi primer beso pasional y me enamoré de él.

Él tenía otras novias y se escapaba de mí para verse con otras mujeres. A mí me lucía en frente de las demás, hasta que pasó la primera relación sexual. Desde la primera relación que tuvimos me pidió que nos casáramos pero yo no quise le dije: “tengo que pedirle permiso a mis papás”.

Él cambió mi vida con mi familia, mis papás no lo querían porque sabían que tenía un hijo, cuando se enteraron que ya habíamos tenidos relaciones sexuales, nos obligaron a casarnos. Cuando me casé yo tenía 21 años y él 23, nos casamos forzadamente y fuimos a vivir al pueblo donde trabajamos, ambos en la misma escuela. Yo me embaracé a los dos meses que nos casamos. Tuve una hija.

Cuando mi hija cumplió 8 meses, él se cambió por una permuta y me dejó sola, me fui a vivir a Tepalcingo, estaba embarazada por segunda vez, pero resultó que cómo ya no estaba conmigo decía que no era su hijo, que quien sabe de quién era porque me había embarazado tan rápido, y con ese temor me puse una inyección y aborté.

Esa fue mi mayor desgracia. Por esos celos, por esa desconfianza, porque él sí andaba con otras personas, me hizo la vida imposible en esos momentos del embarazo, entonces aborté con la ayuda de una partera.

A partir de ese momento nuestra relación se volvió de desconfianza y yo me fui a vivir con él para evitar más sus celos. Volvimos a trabajar juntos, pero entonces yo me sentía subyugada, me sentía opacada, me sentí poca cosa, yo no podía ver a nadie porque creía que él iba a pensar que yo lo hacía por otra cosa.

Seguimos juntos como nueve años más, en ese tiempo me embaracé tres veces más, después del primer aborto tuve secuelas y entonces los otros embarazos ya no se logran; a los tres o cuatro meses volvía a abortar, mis embarazos no llegaban a término y ya no pude tener más hijos.

Después del cuarto aborto que tuve supe que él tenía una novia que estaba embarazada, también me enteré que tenía otro hijo, aparte de su primer hijo, que nunca llegue a conocer.



De ahí llego la ruptura. Yo cambié, había dejado de ser la mujer sumisa, empecé a ser diferente, salió la que verdaderamente soy, terminé diciendo: "Tú eres lo que yo quiero que seas para mí. Ahora se van a hacer los cosas como yo quiero y digo."

Le dije que tomara sus cosas y le puse en una maleta sus bienes personales pidiéndole que se fuera con la mujer que le iba a dar un hijo, pues en discusiones anteriores él me había dicho que yo era una mula por que no podía tener hijos "... Las mulas no pueden tener crías..."

Para 1998, tres años después de haber terminado, él se entera que es VIH positivo, se hizo la prueba y nunca me quiso decir que tenía VIH, cuando empieza con los síntomas: diarreas, temperaturas, curaciones, se enferma gravemente, no le daban un diagnóstico preciso, solo le ponían: "diarreas con temperaturas altas". Le vuelvan a hacer una ELISA, por supuesto que sale positivo pero ahora, los resultados no se lo dan a él sino que el doctor me manda llamar a mí, hacen esto porque estábamos en el ISSSTE y se supone que el doctor tenía que prevenir a la pareja, es decir, mi esposo ya se había hecho una prueba y sabía que tenía VIH pero no había hecho nada en beneficio mío. Entonces me dicen el resultado de mi esposo y me preguntan que sí yo ya lo sabía y me mandan a hacer el estudio que resultó positivo.

Me informaron que él sabía hace tiempo que era portador del VIH, que por qué yo no

lo sabía. Yo me pregunto por que no me lo confesó, mi esposo se guardó muy bien este primer estudio.

Cuando me entero de que tengo VIH yo no quería saber de mí, fue como se me hubiera caído una piedra en el estómago, yo no quería creer, se me hizo imposible, pensé que no era verdad, aunque yo ya sabía que existía la enfermedad, yo me preguntaba: “por qué a mí”.

Yo me quería cerrar a esa idea, supongo que fue lo que le pasó a él y que por eso nunca me dijo.

No le reclamé a mi esposo, ni le dije nada, como que quería pensar que no era cierto, al mismo tiempo me dio por cuidarme y ver que era lo que necesitaba a hacer.

A mi esposo no le habían dado tratamiento, cuando él decide que se lo den, los doctores me piden opinión sobre si yo también quiero tomar el tratamiento, pero como yo no sentía nada, ningún síntoma ni nada, yo les dije que no, eso fue en el 1998.

Para 1999 me empezaron a salir ronchas y manchas, me empecé a poner muy morena, se me reseca la piel, fue entonces cuando el médico me dijo: “Es hora de que empiece a tomar sus antirretrovirales y lo pongo a su consideración, mi opinión médica es que empiece a tomar el tratamiento.” Yo me dije, el médico es el experto y sí él sugiere eso pues debo aceptarlo, fue como empecé a tomar el tratamiento.



Mi esposo ya estaba tomando el tratamiento, mi hija no sabía exactamente de que estaba enfermo su papá, yo creía que ella iba a sospechar si nos veía a los dos tomar el mismo medicamento. Así que yo me ocultaba para tomar mi tratamiento.

Mi esposo ya no iba a trabajar, yo me tenía que hacer cargo de su grupo escolar y empecé a trabajar más, aunque siempre había trabajado en la mañana y en la tarde con mi plaza de maestra, ahora estaba trabajando tres turnos, mi trabajo de la mañana y mis dos grupos en la tarde. Además, tenía que dejar la casa limpia, preparada la comida, la ropa limpia. Él estaba muy delgado por las diarreas, no tenía fuerzas para levantarse.

Yo no quería pensar en la enfermedad, quería huir de ella y huía de ella cuidándome. Siempre me angustió enfermarme, siempre, siempre; porque le temo a la muerte, además, me preocupaba mi niña, qué iba a ser mi hija sin mí.

Yo sentía lástima por mi esposo, pero no me dediqué a cuidarlo, aunque lo quería mucho, fue el único hombre que amé, pero me quería más yo por eso dediqué mi tiempo a cuidarme.

Él tuvo un permiso de un año del trabajo y con mis pocos cuidados, se recuperó y regresó a trabajar, como al mes de haber regresado al trabajo volvió a recaer, le dieron cambio de actividad por seis meses y en ese tiempo fue cuando le salió un tumor que se llama Linfoma de Non-hodkings, en ese momento aún no

lo sabíamos, él solo sentía dolores, cansancio y agotamiento, tenía diarreas y poca hambre, como seguía con el tratamiento le subieron las defensas y se fue sintiendo mejor.

En diciembre de ese año fallece mi madre y yo lo dejo solo, mi hija me acompañó y lo dejamos en la casa. Él se enferma gravemente y se va solo a internar al hospital del ISSSTE.

Además de la muerte de mi madre, yo estaba preocupada por que él convivió de mis niños de diciembre, por lo que le llamé por teléfono a mi esposo para que atienda a mis niños y me dice: "...Sabes qué, háblale al director porque yo no puedo; estoy en el hospital, me duele mucho el estómago, háblale al director para que atienda a los niños, ya hay comisiones y mamás que van a llevar el refrigerio...".

Hablé con el director y él se hizo cargo de los dos grupos, así me quede en el velorio de mi mamá.

Ahí es cuando empieza lo difícil, él ya no se levanta de la cama, lo tengo que andar llevando de un hospital a otro, de Cuernavaca a México y de regreso, le dan nuevos medicamentos y se va reponiendo, en esos días nos fuimos a Acapulco a casa de sus familiares, pero más bien fue a despedirse, porque ahí mismo se volvió a enfermar, le volvieron a dar dolores muy fuertes y nos regresamos a casa.

En Morelos lo llevé a internar a una clínica particular, el doctor le hace todo tipo de



estudios y nos dice que tiene un tumor, pero que si lo opera ahí nos va a salir muy caro, preguntó si teníamos ISSSTE, y nos envió para allá argumentando que le harían los estudios con más precisión, Ya en el ISSSTE, lo reciben y es donde nos dicen que tiene y se habla de operarlo, pasaron diez días cuando le descubrieron otro tumor y lo vuelven a operar, realizándole una colostomía.

Pasaron los meses de enero y febrero, para el 18 de febrero, los médicos me dicen que sería mejor que esté en casa con su familia, para entonces él ya no respira sólo, ya no me habla, ya esta desahuciado.

Me lo llevé a casa con suero y con oxígeno y así estuvo cuatro días más, los médicos del hospital me dijeron que cuando yo quisiera le podía quitar el suero y el oxígeno, pues era vida artificial la que él tenía y que si veíamos que sufría mucho, pues que mejor le quitáramos el suero y ya, su mamá no quería que se lo quitáramos, decía: "Mientras él este respirando esta vivo". Entre sí y entre no, ella a veces me decía que sí, otras me decía que no y en una de esas, yo le quité el suero y duró como cuatro horas más, falleció a las siete de la noche de ese día.

Después de la muerte de mi madre y de la muerte de mi marido yo seguí trabajando como si nada hubiera pasado.

Durante la crisis que él tuvo yo estaba ocupada en que se atendieran las cosas, en que lo

vieran los médicos, así que creo que no tenía tiempo de sufrir, a la larga eso me afectó porque abandoné mi tratamiento de antirretrovirales y de anemia, tras su muerte simplemente no me acordé de la medicina, yo creo que por las cosas que estaba pasando. Hasta mayo volví a retomar el tratamiento.

UN NUEVO AMOR. El VIH cambió muchas cosas en mi vida, pensé que el amor no iba a volver a mi vida, no fue así.

Tiempo después de la muerte de mi esposo volví a ver a un compañero de la Normal. Este hombre y yo nos conocimos en tiempo de la Normal Superior, él se acababa de casar y yo para entonces ya estaba casada y con mi hija, así que nuestra relación no pudo ser.

Tras la muerte de mi esposo lo vuelvo a encontrar en la boda de una amiga. Al volvernos a ver reanudamos nuestra amistad que se había enfriado por tantos años. Él me cuenta que se estaba separado de su esposa y yo le cuento (como a todo el mundo), que mi esposo murió de cáncer en el estómago. Yo no sabía que iba a ser de mi vida, pero nos seguimos frecuentando. Después de un tiempo, en unas vacaciones nos fuimos de “pinta”, deje a mi hija con mi padre y me fui sola con él. En esas vacaciones me pide que tengamos relaciones sexuales y yo le aclaro que debemos usar condón por que así yo lo quiero.

No le digo nada del VIH y, sin embargo, nos seguimos viendo, él llega a preguntarme por



qué tenía que usar condón y todo eso, le dije: “Tengo que hablar muy seriamente contigo y después vemos a ver que pasa...”, el empieza a suponer que tengo cáncer en la matriz, le digo que es algo peor que eso, yo no quería darle vueltas al asunto pero tampoco quería decírselo tan brusco, así que nos citamos un día en un parque.

Él me dijo: “Oye, yo hace tiempo te hice una pregunta y estoy esperando una respuesta, ¿Qué es lo que tienes, qué enfermedad tienes?”.

Respire hondo y le dije: “Mi esposo no murió de cáncer en el estómago... Bueno en cierta forma si fue un cáncer, pero fue provocado porque él era portador del VIH... y por lo consiguiente él me lo contagio.”

Él me respondió: “...Eso ero lo que me estabas tratando de decir; entonces no es cáncer...”

Pensé que él se iba alejar, pero no fue así, seguimos saliendo juntos y me acompañó a un taller sobre apego al medicamento.

Yo creo que él me ayudó a salir de la depresión en que andaba. Y esa relación ha continuado, hasta ahora, a pesar de las distancias y la vida misma.

Entrevista: Edith Zavala Torres y
Javier Eduardo Martínez Almanza
Redactado por Alejandrina García Rojas
como lo relató Lucía.

MARICELA

Soy la mayor de cinco hermanos, viví una infancia muy difícil, mi padre tomaba mucho, golpeaba a mi madre, como yo era la mayor, a veces tenía que enfrentarlo, mientras mis hermanos lloraban. Él me decía muchas cosas, me insultaba, me decía que yo no era su hija. Mi mamá no me defendía, se quedaba callada; y yo no, me atravesaba y recibía el golpe en lugar de ella.

En parte fue esto lo que me llevó a casarme muy joven, yo lo que quería era alejarme de esta situación. Cuando conocí a Andrés tenía 18 años y empecé a salir con él, estaba muy feo, pero yo lo quería mucho porque me trataba bien, lo que quería era alejarme de mi familia.

Salí embarazada en 1992 y me junté con Andrés, mi hijo nació cuando yo tenía 19 años; pero como él no tenía dinero, seguimos viviendo con mi familia, la suya no quiso apoyarlo (él era menor que yo dos años).

Poco tiempo después de que nació mi hijo mi padre falleció, después tuve otra hija que “nació muerta”, no me atendieron a tiempo y se me pasó el parto; yo ya no quería tener mas hijos y aunque mi esposo insistía yo me negué, porque no quería pasar por lo mismo otra vez. A causa de eso tuvimos muchos problemas, nos distanciamos, él empezó a dejarse llevar por su hermano, se iban a tomar con mujeres a la Merced, a la “Víbora”.

En una ocasión platicando, mi cuñado y mi medio hermano contaron que se habían ido a



un bar para gays; no sé si mi esposo fue con ellos pero eso es lo que platicaban.

Hacia 1995 las peleas se hicieron frecuentes, mi “amorosa” suegra le contó que yo andaba con otros hombres, eso nos hacía pelear mas, aunque yo nunca tuve que ver con otros hombres.

Durante tres años estuvo muy tranquilo, no tuvimos problemas ni nada de eso, pero entró a trabajar en una casa hogar para niños de la calle, en el turno de noche y volvió a cambiar. Comenzaron nuevamente los problemas, él me decía que no me quería, que me quedara con los niños que a él no le importaba, me pidió que escribiera un documento donde él estaba dispuesto a renunciar a la potestad de los hijos y lo firmó, sin pelear, y dijo: si eso me va a permitir desahacerme de ti lo firmo y adiós.

Me costo mucho trabajo pero algo dentro de mi, me dijo que no debía ceder, rompí ese papel y le dije que no iba a dejarlo que yo debía seguir ahí, por mis hijos y porque lo quería. Cuando se tranquilizó, platicamos y me dio la razón: que no había que separarnos y accedió a quedarse.

Tenía siete y medio meses de embarazo cuando perdí al bebé, todo siguió igual, tranquilo, él ya no cambió y llegó otro bebé, que nació en el 2003, ese bebé fue el más “grande” de mis hijos peso 4 kg. y midió 53 cm. Todo iba bien hasta que mi hijo tuvo 1 año 4 meses.

Empezó enfermando de gripa muy seguido y de la garganta, lo llevamos al médico y con la medicina que nos daban el niño “sanaba”, pero después de un tiempo, volvía a enfermar. Cuando me mandaron a hacerle estudios para la garganta solamente me dijeron que tenía un hongo, que por eso se enfermaba muy seguido, le dieron tratamiento y no pasó nada.

Durante ese tiempo estaba embarazada otra vez. Mi hijo cumplió dos años y empezó a bajar mucho de peso, dejó de comer, no caminaba, se cansaba; cuando nació su hermanito (el 20 de mayo) me operé para no tener más hijos. El 30 de mayo de 2006, internaron a mi hijo en el hospital de Peralvillo.

Bajaba de peso y no sabían lo que tenía, yo no podía estar con él, sólo iba a la hora de la visita. Para mi era muy doloroso, yo quería mucho a mi hijo y me dolía no poder estar con él, y más me dolía que cuando iba a verlo a la hora de visita; todas las enfermeras me veían como la mamá más mala, casi nos acusaron de maltrato infantil, para mi era súper incomodo estar con mi hijo porque tantito lo agarraba y las enfermeras se asomaban, lo peor era la despedida, a la hora que tenía que regresar a casa, tenía que soportar que mi hijo se quedara atado a una cama y llorando y no poder hacer nada por él, eso era lo mas doloroso para mi.

Lo trasladaron al hospital de INER y ahí prácticamente mi esposo se mudo a vivir, estaba



día y noche, yo solo podía ir a la hora de visita por cuidar a mi pequeñita. Me dolía dejar a mi hija de días de nacida con mi mamá para poder ir a ver a mi hijo.

Durante su estancia en los hospitales le hicieron todo tipo de estudios y nunca le encontraron nada. A mediados de julio lo iban a trasladar a otro hospital, pero no quisimos, pedimos el alta voluntaria. Cuando lo hicimos, estuvo 15 días en casa, yo estaba

muy contenta porque podía tener a mis hijos juntos, pero el 10 de agosto falleció mi hija de tres meses, simplemente un día despertó llorando y no dejaba de hacerlo; la llevamos al hospital, la internaron me dejaron verla a las cuatro de la tarde, pero ya la tenían entubada y sedada, a las seis nos dieron informes y nos dijeron que algo en su organismo estaba fallando, que no sabían que, solo que sus triglicéridos estaban muy altos, a las nueve de la noche nos dieron informes otra vez, y nos dijeron que había sufrido un infarto del que la pudieron sacar pero que estaba muy delicada y a las once de la noche nos llamaron para decirnos que ya había fallecido.

Después de 15 días, volvieron a internar a mi hijo Alejandro con un cuadro de neumonía y seguía bajando de peso, pesaba 8.100 kg., nuevamente le hicieron estudios y no le encontraron nada, estuvo ocho días en piso pero su estado agravó y se fue a terapia intensiva donde estuvo 21 días, durante ese tiempo estuvimos con él día y noche, no nos separamos para nada y el 21 de septiembre falleció, hacía mas o menos un mes que había fallecido su hermanita.

A partir de eso mi esposo empezó a decaer, extrañaba a los niños, llegaba muchas veces de trabajar y se la pasaba durmiendo, se sentía muy cansado yo pensaba que era depresión, por todo lo que nos había sucedido.

Para febrero de 2007 empecé con infecciones en la garganta que no se me quitaban, con



fiebres muy altas, había días en que deliraba por la fiebre, acudí al médico y me dijeron que era una infección en los riñones.

Yo tengo un hermano que es cristiano, cuando me visitaba me invitaba a conocer a Dios, me pedía que leyera la palabra y me decía que encontraría respuesta a lo que vivía y consuelo a mi tristezas.

Empecé a leer La Biblia y comencé a entender muchas cosas, a conocer de Dios, de todo lo que Jesús hizo por mí; cuanto había sufrido y padecido por mí en la cruz por amor. Aún teniendo la oportunidad de cambiar de opinión no lo hizo prefirió morir por mí para mostrarme cuanto me amaba.

Decidí aceptar a Cristo en mi corazón y dejarle todas mis tristezas, empecé a congregarme en un templo cristiano, junto con mis dos hijos mayores y aún cuando mi esposo no estaba de acuerdo, yo decidí hacer ese cambio en mi vida y aceptar que todo lo que era y lo soy es por Dios.

Había días en los que no podía levantarme de la cama, me mareaba mucho, perdía el equilibrio y cuando iba a dejar a mis hijos a la escuela me desvanecía en la calle, yo no me daba cuenta sino hasta que me levantaban.

Cuando mi hermano me visitaba preguntaba si no iba a asistir al templo, yo le decía que no, que me sentía mal y él me contestaba que era ese momento cuando mas debería estar

con Cristo, aún con temperaturas muy altas me arreglaba y me iba al templo, mis chamarras quedaban mojadas de sudor, cuando llegaba al templo pedía a mis pastores que hicieran oración por mí, ellos lo hacían y las temperaturas cedían por 8 o 15 días, y volvían otra vez, yo volvía a pedir esa oración y una ocasión me dijo mi pastor: hermana la oración te la hago, pero hay algo que debes entender; si Dios te ha dicho que eres sana, eres sana, no es lo mismo creer en Cristo que creerle a Cristo, y si tú comienzas a creerle a Cristo, muchas cosas van a cambiar en tu vida. Yo acepté y decidí creerle a Cristo no hubo mas malestar, pero a los dos meses mi esposo empezó igual.

Fuimos al médico (farmacias similares), le hicieron estudios le dijeron que tenía infección en el estómago (salmonelosis), estuvo bajo tratamiento pero seguía igual. De repente comenzó a bajar mucho de peso, lo llevamos al Hospital Gregorio Salas cuando empezó a convulsionarse, pero ahí me dijeron que tenía infección en los riñones, lo tuvieron una noche y lo entregaron, yo les pedía que lo internaran, pero no quisieron. Lo llevé a casa de mi suegra pero el siguió empeorando, yo platicaba y él solo escuchaba pero no decía nada.

Decidimos internarlo en el Hospital General porque las convulsiones eran muy seguidas, no se mantenía en pie, no podía caminar porque se convulsionaba. Cuando lo internaron empezaron los estudios, me dijeron que era probable que tuviese animales en la cabeza



por comer carne de cerdo (triquina). Me dieron un tubito con su sangre para hacer la prueba de Elisa (fuera del hospital), yo sabía que esa prueba era para VIH, así que hicimos el estudio fuera. Cuando nos dieron los resultados decía positivo, yo no lo quería creer, pensé que se habían equivocado, entregué los resultados y no dije nada.

Pasaron a mi esposo a piso y cuando estaba con él me preguntaba: ¿qué tengo?, yo le decía que no sabía, me dolía mentirle pero no quería preocuparlo sin estar segura, aún así los médicos no decían nada, solo que estaba grave y se deterioraba.

Yo tenía que hacer un gran esfuerzo para no llorar, yo solo le decía: “estás en estudios, no saben que tienes”; para ese momento las convulsiones eran muy frecuentes y él perdía el control de su organismo. El sábado por la noche se quedó dormido y ya no despertó todo el domingo, yo le hablaba pero no despertaba, solo se le rodaban lágrimas, yo lo veía muy mal y le decía a Cristo que no se lo llevara: “Señor lo amo mucho, me hace falta, para mí él es todo” pero no hubo respuesta.

Cuando acepté lo que iba a pasar me dolió mucho pero sentí que era lo correcto, Cristo tenía otro propósito para mí.

Falleció el domingo 20 de agosto de 2007 por la noche, a los 15 días me mandaron llamar del Hospital General para decirme que habían llegado mis resultados, que era neces-

rio que fuera a recogerlos. Acudí al hospital y me dijeron que tenía: SIDA, me sentí traicionada, triste, decepcionada, dolida, pero de alguna forma tenía que superar eso, me pidieron hacerme los estudios, de momento no contesté y me fui de ahí. Lo que hice fue acudir a mis pastores, platicar con ellos, ellos sólo me miraban y después me dijeron: no te preocupes, tú no tienes nada, eres una mujer sana pero si te piden un examen, hazlo. ¡Cristo está contigo! Fui a hacerme los estudios y el resultado fue positivo, me hice la prueba confirmatoria y obtuve el mismo resultado.

Yo estaba bajando mucho de peso, el médico del laboratorio, platicó conmigo y me pidió que fuera a la Clínica Condesa; acudí y me recibieron muy bien, en noviembre la infectóloga decidió iniciar el tratamiento porque seguía bajando de peso, aunque no había orden para los estudios. A los 15 días de estar tomando el tratamiento me hicieron los estudios, cuando platiqué con la doctora ella me decía que estaba sorprendida, porque había sido muy rápido lo que pasaba conmigo. A partir de ese momento entendí aún más que Cristo tenía un propósito para mí.

Actualmente Marisela es líder de mujeres en la congregación a la que pertenece, y le gustaría trabajar con mujeres, para ofrecer esperanza.

Transcripción. Emy Magaña Loredó
Entrevista: Javier Eduardo Martínez Almanza

**Comisión Nacional de los Derechos Humanos
México**

Programa de VIH/Sida y Derechos Humanos

Periférico Sur 3453, 3er. piso,
Colonia San Jerónimo Lídice,
Delegación Magdalena Contreras,
C.P. 10200, México D.F.
Teléfonos 56818125 exts. 1372 y 1177
Directo 53773575
Número gratuito para larga distancia:
01 800 715 2000

SIPAM

Salud integral para la Mujer A.C.

Vista Hermosa 89, Colonia Portales, C.P. 03300
México D.F. Teléfonos 55325763 y 55398703
www.sipam.org.mx

**Programa de VIH/Sida de la Ciudad de México
Clínica Especializada Condesa**

Calle de Benjamín Hill #24
Col. Condesa, Delegación Cuauhtémoc
Distrito Federal

IDEAS, A.C.

**Investigación y desarrollo educativo
para la acción social A.C.**

Santa Veracruz 57 int. 201
C.P. 06300 Colonia Guerrero
Delegación Cuauhtémoc.
México D.F.
Teléfono 55 12 38 32
ideasdh01@yahoo.com.mx